

Lautaro Yankas

## El lanzamiento



**M**EJOR, quizá, que no hubiera bajado. Para quemarse la sangre, Nicanor Salinas tenía bastante con el aserradero. Bajó porque la querencia comenzaba a acosarlo. Era así siempre. El trabajo habría concluído por embrutecerlo si el alma no hubiera dado el alerta en hora oportuna. Obediente a la desazón había descendido desde la alta montaña, donde día a día las sierras tajaban los recios troncos todavía sangrantes, hasta la casa de la vega, donde lo aguardaban su mujer y sus hijos. Hubiera sido mejor, quizá, haberse quedado arriba viviendo con aquellos hombres que parecían disgustados del mundo, tal era la escasa afición que mostraban hacia la vida que bullía en las vegas. Apenas llegado al bajo, los hijueleros vinieron a comunicarle las últimas noticias recogidas en el pueblo; la autoridad competente había ordenado el lanzamiento de diez colonos; la orden se cumpliría sorpresivamente para aniquilar la resistencia de los ocupantes. Nicanor Salinas no meditó largo rato para responderles con entereza.

—Organicen la defensa ahora mismo. Yo subo mañana al aserradero y desde arriba los ayudaré como si estuviera aquí. Mejor que no se acerque fuerza armada por allá. Poner un observador donde conviene para que la gente pueda reunirse a tiempo. Nadie debe soportar el atropello.

Sin duda, habría sido mejor que hubiese permanecido muchos días arriba, separado del mundo, de aquel asqueroso mundo de injusticias, de venalidad y de atropellos. Tal vez los acontecimientos no lo hubieran tocado. En cambio, ahora, enterado de la gravedad de la situación, no podía cruzarse de brazos. Los ocupantes estaban en grave riesgo de ser arrojados al camino y nadie podía desentenderse de esto. Durante diez años habían sido hostilizados por jueces sobornables, vil instrumento de terratenientes y de gestores ambiciosos y ladrones. En tan largo tiempo se habían defendido siempre en cualquier terreno y así habían logrado permanecer en las tierras que ellos ocupaban desde hacía veinte años, cuando aquello era todavía propiedad fiscal. Deslindes adulterados, compraventas falsas, legitimadas en seguida mediante gruesas coimas y bajos halagos, los envolvieron en un infierno de pleitos astutamente planteados y sostenidos el tiempo suficiente para que los antecedentes verídicos e irrefutables pareciesen sospechosos. Los defensores legales de los ocupantes contribuyeron a dilatar los dictámenes judiciales, a causa de sus vacilaciones interesadas. Nicanor Salinas había sido el más perjudicado con los abusos

de la autoridad venal: prueba de ello era su actual situación. Las veinte hectáreas de vega y lomajes cultivables que poseía eran un erial. Junto a la casa, grande y solariega, de generosos corredores con enredaderas, crecía una pequeña huerta, producto del cariño de su mujer a la tierra que era de su propiedad legítima y que repetidas veces había sido arrasada por piquetes de carabineros premunidos de órdenes judiciales falsas. Eran las tierras de Salinas las mejor ubicadas, las más ricas para siembras y, naturalmente, las primeras que sufrieron ante las huestes usurpadoras. Tanto se repitió aquello, que los ocupantes, cansados de los recursos legales que no lograban el triunfo de los legítimos derechos, pensaron en la premiosa conveniencia de unirse para la defensa material de sus tierras amenazadas. Entretanto, Salinas, cierto de que el laboreo de sus tierras bajas traería su ruina, pues año tras año, estaba sufriendo desmanes, decidió dedicarse a la explotación de la montaña virgen que había en la hijuela. Este trabajo era más seguro y no menos remunerador. En esta forma habían transcurrido varios años, sin que el pleito de los ocupantes se hubiera resuelto.

La orden, cuya evidencia acababan de verificar los abogados de los ocupantes, no era más que un truco de la autoridad, corrompida por la coima, la adulación y la intriga, para arrojar a los verdaderos pobladores, de las tierras del bajo Pellahuén, tan deseadas por los latifundistas vecinos.

A media tarde del siguiente día, Salinas hizo ensi-

llar su caballo. Su mujer, alta y morena, de claros ojos pardos, lo observaba con gravedad, mientras él se disponía a salir. La zozobra de otras veces humedecía sus ojos, convencida de que aquella sobresaltada existencia era absurda y debía terminar.

—Vamos a esperar toda la vida que nos echen, y nunca conseguiremos una sentencia definitiva. Lo mejor sería saber de una vez si somos dueños.

—Eso lo sabemos, mujer. Pero, por desgracia, nosotros tenemos que hacernos justicia. Todo lo hecho por los jueces ha sido enredar el pleito para que nadie lo entienda. Hay que defenderse hasta que llegue la sentencia honrada.

—Entretanto, yo no te veré sino cuando puedas bajar. Me dan deseos de irme a vivir arriba con los niños.

—No, mujer, ya pasará esto, algún día habrá tranquilidad. El día que matemos al mismo juez y a sus carabineros, o antes. No puedes irte arriba, porque los chicos deben estar cerca del colegio. Antes del verano habrá de acabar esto. Tenemos nuevo abogado.

—¡Mucho ha hecho el nuevo abogado! ¡Permitir que dicten nueva orden de lanzamiento!

—Nos dice que nos defendamos, porque el juez es un bribón, y espera conseguir que lo cambien.

La mujer se levantó del asiento, junto al comedor, y esperó a su marido. El la abrazó y luego le dijo:

—Apenas sepas que vienen carabineros con orden de lanzamiento, me mandas un mozo con el aviso.



Miraba a su mujer con dolorosa ternura:

—Paciencia, que ya acabará esto.

Su cara tostada, los ojos resueltos bajo el ceño hendido.

Deliberadamente, endilgó su bestia por la orilla de la vega, que al final trepaba graciosamente la montaña. Al recorrerla, su mirada se encendía en retorcidas llamas, signo de encontrados sentimientos. Era suave su camino junto a los retoños ya fieros del futuro matorral. Suave y hermosa era la vega, plena ahora de vida abandonada, cubierta de una linde a la otra por la encrepada, aunque tierna ramazón, que escondía ya los incontables ejemplares de la montaña hacia donde él subiría luego. ¿No era más provechoso dejar que el lingue y el raulí volvieran a adueñarse de las vegas, en lugar de entregarse al azaroso trabajo de barbecharlas? Nadie en verdad estaría seguro en ellas, pues no era fácil encontrar hombres que dictaran la paz definitiva inspirada en la justicia. En aquel rincón la justicia era un derivado de excepcionales circunstancias y ellos no eran lo suficientemente hábiles e influyentes para producirlas. El único recurso factible era la resistencia unida, cualquiera que fuese la manifestación del abuso. Así habían resistido, así lo harían siempre.

El caballo braceó en un chorrillo abundante, bajo unos mimbres juguetones. El amo lo hizo seguir su curso por el lado opuesto, mientras sus ojos, dominados por suprema resolución, medían el abandono en que los hijueleros, unos más, otros menos, mantenían las vegas

hasta donde se perdía la vista. Nadie sembraba a gusto; a lo más dos o tres cuadras; casi siempre eran chacras las que verdeaban en la primavera en lugar de los trigales de otros años seguros. Muchos explotaban la montaña que era rica y abundante en cada hijuela. Esta tarde Salinas experimentaba la presión de la violencia contenida; sintiendo en su cuerpo y en su alma la tentación amorosa de la fecundidad de las vegas. Cada grieta era una protesta y una súplica, semejante a la palabra ahogada en la boca entreabierta. Cada terrón puntuaba un recuerdo de su docilidad ubérrima, de su pasado infatigable. Los matojos surgidos por doquier bajo el fuego pasional de los soles, eran la provocación y el fustazo de la vida eterna y magnífica contra la desidia y la mezquindad del hombre. ¿Hasta cuándo soportarían ellos la zozobra en que vivían? ¿Cuánto iba a durar esta fuga vergonzosa hacia la montaña, mientras la vega les mostraba la angustia de su vitalidad desventurada? Hasta entonces los ocupantes habían resistido prudentemente a fin de advertir al usurpador que existía allí una conciencia de los derechos. A lo sumo, en las escaramuzas, había quedado herido alguno de los emisarios de la autoridad. En opinión de Salinas, debíase a esta actitud discreta la continuidad y persistencia de la zozobra. Todos ansiaban el fin de ese enredo infernal y en ello habían agotado los recursos honrados y pacíficos, sin resultado aceptable. Cada cierto tiempo, cuando menos una vez en el año, asomaban por el camino alto las casacas verdes de algún pi-

quete de carabineros: una notificación a determinado ocupante. Este, generalmente, no estaba. El piquete se alejaba y no se le volvía a ver hasta pasados muchos meses. Así marchaba aquello. En los últimos meses, el piquete armado era más numeroso y se mostraba más insolente. Los ocupantes afrontaron el peligro y más de una vez el piquete volvió al pueblo sin haber podido cumplir su misión y con varios hombres heridos, balas disparadas de algún matorral inaccesible; era una advertencia a la tropa. El bajo Pellahuén comenzaba a defenderse enérgicamente.

Salinas atravesó al galope aquella vega, entre cuyos terrones había dejado el fuerte sudor de su mocedad, y tomó el camino que trepaba hacia los altos montes. Caminaba sometido a la voluntad de la bestia. Los matojos orilleros, las lomas y su baja ramazón, aquí, allá, el silbido de una lloica o la clarinada de un pidén. El verano menguante reseca la tierra; el ramaje tenía tonos cobrizos y cálidos. Un macal tierno tendía apenas sus hojas claras y rugosas. Ni un animal en las lomas próximas o lejanas. «Ni siembra, ni ganado, pensaba Salinas. El que tiene crianza la esconde arriba, si tiene montaña apropiada, si no se cruza de brazos esperando el santo advenimiento de la justicia. ¡Cómo si una maldición humana hubiera caído sobre estos campos! Nadie quiere trabajar de más. Si lo hiciera tendría que defenderse matando. ¿Quién va a querer empeñarse a tan subido precio? Esperar, entonces, hasta la muerte. Los hijos seguirán defendiendo lo que les

dejemos y el infierno seguirá ardiendo para que se quemén también en él nuestros nietos ¡Canallas y bandidos!»

El camino tortuoso, áspero, roedor. El monte crecido venía a sepultarlo. Era monte mozo, ya denso, robusto. Aquello había sido talado en su madurez hacía años y mostraba con elocuencia la riqueza de lo que ahora se explotaba. Dentro de diez años su pulpa noble iría también al aserradero. Salinas saludaba con mirada paternal aquel pórtico de su montaña. Los troncos gigantes que estaban en lo hondo del monte, formaban el único vínculo que, tal vez, lo retenía en aquella tierra. Era aquella riqueza obtenida entre lágrimas de roja savia, lo que fortalecía su voluntad de lucha. Las vegas y las lomas chamuscadas no lo arraigaban, ni lo enorgullecían tanto en su tenacidad, como la promesa atesorada en el soberano espesor de los lingues y en la magnífica arrogancia de los robles; caciques de la montaña.

La bestia y su alegre tranco en la sombra fresca.

El camino se retorció otro poco y luego ganaba la cumbre del monte, igualmente entramado y huraño. En medio de la meseta y al borde mismo de una quebradilla, se destacaba la masa obscura del aserradero, con su ancha techumbre de cinc, rodeado en gran parte por rimeros de tablas rojas o amarillentas y por series de gruesos trozos de lingue, temo y raulí. Salinas abandonó el sendero que de nuevo se tachonaba de sol, y descendió unos metros hacia la derecha, donde se levantaban las casas, construídas con tablas de coigüe, envejecidas por

las lluvias y los años, grises y aplastadas, como si la presencia de los gigantes de la selva las humillase.

Algunos chiquillos travesaban en el terrado de la última casa. Salinas fué hacia allá y preguntó por el palanquero, a la mujer que apareció tras de una cerca de ramas.

—Bajó esta mañana y no ha vuelto, patrón. No hay ningún hombre por aquí.

—Que no se les ocurra quedarse en las vegas.

—Ni pensarlo, patrón. A lo menos, Pancho conoce su deber. Quién sabe si el tumbador nuevo...

Salinas dejó por allí su caballo, lo desensilló y se encaminó hacia el banco silencioso y desierto.

Todo allí era obra suya. El sufrimiento, el orgullo renacido, su voluntad de triunfo, de desquite y, acaso, de venganza; estaban fundidos allí, en el metal bruñido de las sierras, en la ruda macicez del carro, en la reposada presencia del motor, en los nutridos rimeros de tablas que pretendían levantarse a la altura de la selva. Pulpa roja, acero pulimentado por el trabajo de años, olor de faena recia y de vida dispuesta al sacrificio, se presentaban esta tarde a sus sentidos como una creación que, después de germinar en su alma y en sus músculos, adquiriría con el tiempo espíritu y fuerza propios que doblegaban al hombre bajo su imperio, aun en sus menores designios.

Sus pasos fueron hacia los rincones del banco, donde el tiempo y el esfuerzo se arraigaban. Allí había pirámides de madera fina, abrigada contra la intemperie,

dispuesta de muchos años para que pudiera permanecer seca y ser distribuída sin nuevos cuidados. Cerca de estos rimeros que tocaban el techo y ceñían el amplio espacio del galpón, se amontonaban piezas de palancas, perros quebrados, sierras rotas o gastadas, pernos, engranajes, cadenas y herramientas que sucumbieron, sometidos a aquella épica voluntad de conquista. A media cuadra, en sitio accesible, se veía un luminoso cerro de aserrín, elocuente testimonio del trabajo rendido.

Ya obscurecido, salió hacia el sendero y, muy a su pesar, se dió de lleno a hacer el balance de su destino. Toda una vida de brutales esfuerzos, de resistencias, de angustias, de mezquinos provechos, registróse en su conciencia, sin ambages ni medias tintas. Un pasado amargo, denodado, sostenido en la esperanza. ¿Qué quedaba de todo? Este refugio de la montaña, que él defendería. Sus pasos lo llevaban por el camino que acababa de hacer sobre su bestia. La sombra, al penetrar él en aquella densa bóveda vegetal, abrazó su vida con ceñida mortal y sigilosa. Se detuvo frente al corte que hacía la meseta por la izquierda. Era un pique inesperado en la planicie montañosa. Descendían los robles en línea vertiginosa, rabiosamente cogidos al violento muro de la quebrada, que unos metros más allá se alejaba del camino. Salinas buceaba en ella con mirada febril y la sombra se abría delante de sus ojos que la conocían en toda su profundidad y extensión. Una idea magnífica para sus planes había cruzado por su cerebro excitado.

No se acostó hasta no tener la seguridad de que la gente estaba ya en casa. El tumbador fué el último en aparecer, ebrio y canturreando. El contratista Adán Carrillo, un viejo de juvenil macicez, pasó a recibir órdenes para la faena del día siguiente. Palanquero y contratista del aserradero, Carrillo era el hombre de confianza del patrón, no sólo en los trabajos ordinarios del banco, sino en asuntos que se relacionaban con la existencia misma de la explotación. No hacía tres años desde el día que Carrillo lograra, con ayuda de dos tumbadores, sofocar un principio de incendio en el banco, provocado por un maderero nuevo, quien, según las averiguaciones hechas, fué pagado para ello por un vecino del patrón. La venta oportuna de algunos miles de pulgadas de raulí, hecha por Salinas a una firma nortina, había sido la causa de aquella venganza.

La pieza en que se encontraba Salinas servía de despacho. Bajo la luz de petróleo filtrada en un globo de porcelana, una mesa de madera sin pintar cubierta de papeles, algunos archivadores en un rincón, órdenes colgadas en numerosos ganchos sujetos en la pared. Cuando entró Carrillo, el patrón revisaba algunos pedidos. El contenido de aquellas cartas, que significaba varios miles de pesos a corto plazo, afianzaba su decisión de adelantarse al desastre, fulminando toda tentativa de atropello en su contra.

El contratista se mantenía de pie cerca de la puerta y su cara se sombreaba con violencia sobre las cejas

levantadas habitualmente y sobre el cráneo que, aunque canoso, aparecía negro y revuelto.

—¿No hay novedades, Adán?

—La de siempre, patrón. El tumbador nuevo sabe poco de cumplimientos y me alborota a la gente. En el bajo se juega su paga y acompincha a la gente del banco. Valdría más decirle que busque en otra parte.

—Así me parece. Ya hoy me hablaron de él. Mañana se hará eso.

El viejo se volvía para retirarse.

—Quédate un rato y atiende. Mañana o cualquier día tendremos carabineros aquí; me lo avisaron ayer. Hay una orden de lanzamiento contra diez ocupantes, entre ellos yo. Los bandidos de Cañete piden que se desalojen estas tierras hasta que la justicia decida sobre los derechos de cada uno. Como ves, es la porquería de siempre. Mis veinte años de trabajo aquí no sirven de nada, según ellos. Pero nosotros, viejo, sabemos lo que es eso y la gente del banco también lo sabe.

—Nuestra gente está aquí más de cinco años y no nos va a dejar por temor a los carabineros. Es gente sufrida y está contenta con el patrón.

—Bien; háblales mañana y ve si son capaces de ayudarnos.

—¿Qué es lo que hay que hacer?—interrogó en voz baja el contratista, aunque el aspecto taciturno de Salinas le hizo adivinar su grave resolución.

—Acabarlos aquí—declaró rápidamente Salinas.—La orden que traen es el resultado de un soborno, ¿com-

prendes?... como siempre. La tropa ha sido gratificada, porque no es fácil que vengan carabineros a Pellahuén. Si no resistimos nos echarán. Tú sabes que esta montaña es mía.

—Lo sé y todos lo saben en Pellahuén.

—Ya entiendes, pues, lo que hay que hacer. El bocasierra y los tumbadores nos bastan.

—Está bien, patrón. Pase buenas noches.

—Buenas noches, Adán.

\* \* \*



La faena se inició como de costumbre. El contratista en un descanso llamó a la gente necesaria y expuso lo convenido con el patrón. Ninguno hizo objeciones. No sólo deseaban ayudar al patrón, sino que comprendían virilmente la situación de Salinas y la justicia de su causa, que ellos defenderían como algo propio. La gente del bajo y alto Pellahuén, pudiente o mísera, ilustrada o palurda, recogía en su conciencia ensombrecida por la penuria del trabajo, en sus cuerpos forjados por los años inclementes o ubérrimos, la voluntad de resistencia contra la usurpación, contra el atropello legalizado. Más aun, después de tantos años de lucha, cada hombre ardía en un anhelo de vindicación definitiva, de liquidación.

La mañana vaciaba su cielo estival en el amplio calvero donde flotaba un polvillo fragante que se posaba en las hojas de los árboles próximos. Las sierras

rugían a ratos sordamente, a ratos silbaban con violencia apagando los otros ruidos de la faena. Los enormes troncos, revisados previamente por el contratista, eran enganchados al carro con seguridad. Las palancas se movían pesadamente y la pieza avanzaba con lentitud hacia el filo vertiginoso que aullaba como un felino delante de su presa. Los troncos eran canteados, unos tras otros, y en seguida rajados. Los carretilleros iban y venían, cargando y arrojando el aserrín en la gran pirámide que brillaba al sol.

Los volteadores aparecían a largos intervalos por el sendero que horadaba el vientre del monte, sudorosos y vocingleros delante o detrás de las yuntas que a ratos rozaban el suelo con sus belfos babeantes, esforzados en el difícil arrastre de los troncos. A veces, en una pendiente, la gravitación amenazaba la vida de las bestias. El tronco gigantesco se deslizaba con fuerza y cogía las traseras de la yunta próxima. Sólo la pronta maniobra del conductor libraba de la muerte a los animales.

El mediodía no señaló en el banco otra novedad que la ausencia de dos hombres. Uno era el tumbador despedido y el otro un carretillero. Este regresó, cuando la gente se iba a almorzar; otro hombre fué enviado en su reemplazo.

—¿Qué hubo, Juan Díaz?—interrogó el contratista, que avanzó a su encuentro en el sendero.

—No hay novedad, don Adán.

La gente almorzó tranquilamente. En cada casita los

aguardaba la mujer con la cazuela o las pancutras humeantes. Cada rancho era un hogar. Había paz, conciencia de la vida; hasta allí no habían alcanzado las triunfales bajezas y vicios del mundo. Salinas había escogido su gente con espíritu e intuición parciales y pudo así forjarse en aquel rincón una comunidad a la vez enérgica y pacífica. Casi todos eran hombres maduros, honrados y sobrios. Hasta tenían sus ahorros. La vida era allí sencilla y buena.

A la media hora de comenzado el trabajo de la tarde, el vigía apostado en la linde del monte apareció corriendo en el aserradero. En todas las caras se marcó una sombra. El vigía se lanzó a la puerta de la oficina.

Al instante apareció Salinas y su vozarrón triunfó un momento sobre el ruido de las sierras. El contratista llamó a los dos tumbadores escogidos y a un bocasierra y entró con ellos en la oficina. Un momento después salieron todos, incluso el vigía, armados de escopetas, a excepción del patrón que llevaba revólver, y sin decir nada a los que se quedaban en la faena, salieron del aserradero y desaparecieron a buen paso en el camino que horadaba la montaña.

Mientras avanzaban aquí, allá, la luz cobriza de la media tarde, menguaba el zumbido de las sierras. Salinas y sus hombres marchaban cambiando escasas palabras, poseídos por el creciente silencio. La selva que los había llamado hacia sí, teniéndolos ahora, los penetraba con su fuerza elemental, su voluntad de vida y muerte, su sigilo, su misterioso instinto, Al enfrentar el ba-

rranco se detuvieron. Salinas observó con detención el bosque circundante y luego distribuyó a su gente en el lado opuesto del camino. Los enormes troncos eran su mejor defensa, así como en el apretado quilanto que los entramaba. Salinas dió algunas órdenes y en seguida se hizo el silencio. Al parecer no había allí más que el bosque hermético y sombrío, fresco y apacible.

El piquete venía lejos, remontaba los matorrales. Un oficial y seis soldados, la carabina terciada, el revólver al cinto; caras tostadas, tozudas, en donde se incrustaba, inamovible, la fuerza obediente. El camino se estiraba delante ellos, les tendía celadas inocentes en cada curva, excitaba sus pensamientos endurecidos. Al entrar en la meseta boscosa sus rostros se ensombrecieron, sensibles y crueles. Conocían el peligro y lo desafiaban. El oficial, adelante, rumiaba aquella amenaza que se descolgaba desde la alta ramazón o que reptaba entre el espeso quilantal. La orden que traía debía cumplirse aquella misma tarde; de lo contrario él era responsable de lo que sucediese. Acarició la funda de su revólver. El caballo golpeó con premura la húmeda hojarasca y pareció correr un flúido helado por todo el piquete. El aserradero estaría trabajando; el teniente sabía que Salinas era hombre de paz. Así y todo, había que esperar cualquier sorpresa de un hombre que va a ser despojado de su tierra. Aunque la orden era cruel, el teniente haría lo posible por cumplirla sin choques, con discreción.

—¡Acabar de una vez con tanto enredo!—resumió el teniente.—De otro modo estaremos lidiando siempre con esta gente mañosa. Si esta tierra no es de los ocupantes, que se vayan de una vez.

Uno de los caballos irguió las orejas y sus ojos brillaron, atentos. Una descarga salió desde el quilanto, siguió una segunda, luego, disparos sueltos: soldados y bestias se revolvían en tierra. Dos o tres segundos y otra descarga completó el efecto de las anteriores. Salinas salió del escondite con su gente y a balazos ultimó a dos soldados que aun respiraban. Lo mismo se hizo con las bestias moribundas.

En seguida, uno a uno, los soldados primero, luego las bestias, fueron desapareciendo en la profunda y oscura quebrada.

La gente de Salinas regresó a la faena.

El bosque y su hondo silencio.

(Del libro *Cuentos bárbaros*, en preparación).